

UNA SORPRESA.

EN la misma pieza que habitó la familia de Gutierre, se paseaba con ademán de profunda meditación un hombre, cuyo rostro perfilado apenas en el crepúsculo, dejaba conocer las severas facciones de Negromonte.

Vestia todo de negro. Su cabellera, siempre desordenada, estaba descubierta. Su mano se apoyaba naturalmente sobre el pomo de una daga que traía enganchada en el talabarte.

Sus pasos eran lentos y acompasados. De cuando en cuando se acercaba al balcón, y parecía inquirir con la mirada por todos los puntos de la calle. Volvía despues á sus paseos.

Habian trascurrido mas de tres cuartos de hora, cuando giró la puerta de los corredores y apareció un hombre. Negromonte se detuvo interrogando con el ademán al recién venido.

—Ya están aquí..... —dijo este.

—Viste á Mendoza?

—Sí, señor.....

—Viene ahí?

—Sí, señor..... tras de mí viene.

—Retírate.

El otro obedeció.

Oyóse entonces por la parte de afuera un rumor confuso de pisadas, despues algunas voces, y todo volvió á quedar en silencio. A poco la puerta volvió á abrirse y apareció D. Gaspar de Mendoza.

—Teneis todo dispuesto?—preguntó á Negromonte.

Este revistió su fisonomía y toda su actitud con un aire de servilismo que sentaba muy mal á su aspecto feroz y noble, y replicó:

—Todo está dispuesto, señor.

—Pudiérais enseñarme.....

—Al momento; permitidme no mas que encienda la linterna.....

Dicho esto, Negromonte fué á un viejo armario colocado cerca del balcón. Sacó los avíos de encender, hizo luz y preparó una linterna. Tomó además una tosca llave que estaba suspendida de un clavo, y dijo á Mendoza:

—Ya os guio, señor.

Los dos tomaron por la mano derecha y comenzaron á internarse por los corredores. El rastro de una luz opaca se dilatava enfrente de sus pasos. Detrás no se veia sino el vago resplandor del foco, tiñendo débilmente el muro y temblando sobre las columnas lejanas.

En el fondo de aquella claridad se veian, como detras de una cortina, las sombras de D. Gaspar y de Negromonte, que iban disminuyendo con el eco de las pisadas.

Entretanto, á poca distancia de la habitacion que habian dejado á sus espaldas, quedaba un grupo de embozados. De aquel grupo siniestro se desprendia cierto cuchicheo, que parecia mas bien el roce de templados puñales. Cuando se hubo perdido completamente el reflejo de la linterna, las voces se hicieron mas claras y pudo percibirse que uno de los embozados decia:

—Pues yo juro que no quisiera verme solo y en este sitio con el tal Negromonte.

—Bah!—replicaba otro,—tú no eres capaz ni de dormir solo en tu cama.

—Sin embargo, tú has entrado temblando.

—Ah! ¿Y quién no tiembla cuando se trata de habérselas con los difuntos?..... Prefiero acuchillarme con un centenar de Negromontes.

—Qué!—dijo alguno,—tú eres de los que dieron fé á los chismes de Gutierre?

—*Ojo videte*, camarada. Yo he visto salir al mismo Bercebú por los arcos anegados de la calleja; yo mismo.

—Y yo!—dijo otro.

—Y yo!—repitieron varias voces.

—Os acordais?—dijo el primer testigo. ¡Qué siento que ese Negromonte haya mandado á las Hibueras á Mejía y á Morquecho! esos muchachos os hubieran referido cosas que aquí pasan, que son para poner miedo al mismo diablo. Por ejemplo: dicen que una noche se hallaban esperando á su señor en este mismo sitio en que nos encontramos. ¿Veis aquel punto mas oscuro que los otros, allá en aquel rincon, detrás del follaje?.....

Los otros se acercaron tumultuosamente al pretil y clavaron los ojos en el punto designado por el que hablaba.

—Pues bien; por aquel punto comenzaron á ver que se abrian las ramas.....

—Que se abren!—exclamó un embozado.

—Se abren!—dijeron otros.

—Mirad!—exclamaron algunos.

Todos se quedaron inmóviles. En efecto, la yerba que casi ocultaba una ventana convertida en puerta por el hundimiento, habíase apartado y daba paso á una figura humana. El grito español se escapó de algunas gargantas, y el

—Quién va! fué repetido por los ecos.

—Zapata! un criado de vuestas mercedes,—gritó el aparecido.

Aquello volvió la sangre al cuerpo de los embozados, y se convencieron de que no hablaban con una alma del otro mundo. Pero pasado el susto viene la reaccion de cólera. El que habia tenido que interrumpir su cuento, gritó con una voz preñada de violencia:

—Ea! tunante!..... decid quién sois para colaros hasta aquí sin pedir permiso.....

—Perdonad, señor..... busco á D. Gaspar de Mendoza.

—Ignorais que no es esta su casa?

—Oh! no..... pero sé que aquí debo hallarle.

—Y por eso venís metiéndoos por las paredes?.....

—No tal, señor..... yo vi una puerta.....

—Y qué le quereis al señor Mendoza?

—Tened la bondad, por vida vuestra, de indicarme por dónde he de subir; ó bajad vos, si quereis que os responda. No puedo decíroslo á gritos.

—Subid vos.

—Por dónde?.....

—Tomad á la izquierda, y hallareis la escalera.

Zapata siguió la dirección que le indicaban, y después de emplear cerca de media hora en trepar por aquellos pedregales casi derruidos y cubiertos de ortiga, llegó á los corredores donde le esperaba su brusco interlocutor.

—Venid,—le dijo, alejándose con él á cierta distancia de los otros;—¿sois escudero de D. Gaspar de Mendoza?

—Sí.

—Tened la bondad de llamarle. No podeis tener una idea de lo que interesa á vuestro señor una noticia que le traigo. Podré hablarle?

—Amigo, lo creo muy difícil..... si os importa mucho, ¿por qué no volveis, por ejemplo, mañana?.....

—Ay, caballero!..... qué decis?..... mañana!..... si el asunto es de esta misma noche, tal vez de este momento.

—Pues ya os dije; volved otro día.

—Es imposible, amigo mio.....

—Pues no hay remedio.

—Pero.....

—Eh! canalla! Basta..... Aquí no hay señor Mendoza ni señor Calabaza. Marchaos noramala, si no quereis que os desquebraje las costillas.

—Mirad.

—Fuera de aquí, bergante!

Zapata retrocedió para escaparse de un puntapié con que le amenazó el desconocido. Ardía de coraje; pero hubiera sido una imprudencia mostrarse digno en unas circunstancias como aquellas en que él se encontraba. Era preciso hablar á Mendoza; urgía el tiempo; aplazar la entrevista, equivalía, en su concepto, á la perdición de su señora; salirse sin lograr nada, era la muerte. Pero aquel escudero

salvaje se mostraba inflexible y bárbaro; y no obstante, era preciso á toda costa ablandarle. Zapata se dió una palmada en la frente, como hacen todos cuando en su memoria brilla la luz de un súbito recuerdo. Después metió la mano en sus bolsillos y lanzó un pequeño grito al encontrarse con una buena cantidad de monedas de oro. El dinero, cuando se sabe manejar, infunde á su dueño mas valor que si elevara una pistola.

Zapata se aproximó al desconocido. Este dió un paso atrás, como si ya sintiese la superioridad, que, segun cuentan, se desprende como el aura magnética, de los que poseen un poder secreto, cualquiera que sea.

—Perdonad, señor caballero,—dijo Zapata con ademán rendido;—me iré, si lo ordenais vos..... pero os suplico me escuchéis dos palabras. Tuve la desgracia de hallaros en un momento de mal humor; teneis justicia de haberos violentado..... qué diablo! antes sois demasiado noble para no haberme abofeteado como merecia. Cuando uno no está para fiestas, es capaz de.....

—Acabareis?

—Ah! perdonad..... me escuchais?..... bien..... pero como no trato de perjudicar á las personas ocupadas, como lo sereis vos.....

—Mucho! y qué.....

—Nada,—replicó Zapata haciendo sonar los ducados;—que me hareis favor de que os pague, aunque miserablemente, los momentos que robo á vuestras ocupaciones; pero temo ofenderos, sí.....

—Amigo,—dijo el otro con mucha menos aspereza;—yo, aunque pierdo realmente, como habeis dicho, desatendiendo mis ocupaciones, no trato de hacerme pagar lo que

me defraudais con vuestra visita; pero os entrásteis hablando con un señorío, digamos mejor, con una violencia, que no dais tiempo á que uno se maneje con el respeto que merece vuestra persona.

Zapata contuvo una sonrisa de satisfaccion, y replicó, poniendo un ducado en la mano de su interlocutor:

—Amigo mio!..... ya os dije que perdonárais..... soy un jumento.....

—Estais convencido de que yo no.....

—Oh! y mucho!..... pero tomad, tomad..... y no mireis la cortedad de la ofrenda, sino.....

—Qué!..... qué me dais?—dijo el otro rechazando la mano que alargaba Zapata.

—Nada..... un ducado.....

—Bah..... le tomo solamente.....

—Porque sois mi amigo, no es cierto?

—Amigo y servidor vuestro; Fanega.

—Gracias: ahora, si lo teneis á bien, Sr. Fanega, llamadme á D. Gaspar.

—Bien; y si no viene?.....

—Ea!—dijo Zapata poniendo otro ducado en las manos de su nuevo amigo, é impulsándole familiarmente;—vos hareis por que venga; id, que os espero con impaciencia.

Fanega se retiró con la velocidad de un mandadero. Al pasar junto á sus camaradas, estos le detuvieron por el capote, agobiándole con toda clase de preguntas. Luchaban en esto, cuando á pocos pasos aparecieron Negromonte y Mendoza. Fanega salió al encuentro de este último, y descubriéndose, le dijo:

—Señor..... aquí espera á vuesamerced una persona que desea hablarle acerca de un asunto, que, segun dice,

tiene tanta importancia para él como para vuesamerced.

Mendoza, despues de hablar unos momentos mas con Negromonte, se volvió á Fanega.

—Adónde está ese hombre?—le dijo.

—Ahí..... si vuesamerced desea que le llamemos.

—Llamadle.

Poco despues llegaba Zapata, descubierto tambien, y se inclinaba respetuosamente delante de Mendoza.

—Qué quereis?—dijo este con un tono desabrido y violento.

—Señor,—replicó Zapata mirando á Negromonte y á todos los que ahí estaban; si vuesamerced tuviera disponible un sitio menos concurrido.....

—Despejad,—dijo Mendoza á los embozados: todos se retiraron. Entonces Zapata comenzó de este modo:

—Señor: sé que os causarán extrañeza mis palabras; pero una involuntaria simpatía que me arrastra hácia vos, como á todo lo grande, lo generoso y lo noble, me ha puesto en relacion con algunas cosas que vos guardais como un secreto; pero nada temais.....

—No acostumbro temer á nadie,—replicó Mendoza;—continúad.

—Todos los dias, señor, pasais cerca de mí, y distraido en vuestros profundos pensamientos, pasais sin verme. Pero yo os veo. Yo he creido notar en vuestro semblante las huellas de una inconsolable tristeza, y á fuerza de observaros siempre, he llegado casi á vislumbrar que en el fondo de vuestro corazon se anida una cosa terrible como el desengaño, y lentamente abrasadora como la imágen de una mujer amada.

Don Gaspar se aproximó mas á Zapata, procurando dis-

tinguir entre la oscuridad las facciones del veterano. Sentía que una vaga inquietud iba tomando en su ánimo las proporciones de la sospecha; pero desconfiando de sus movimientos instintivos, quiso escuchar hasta el fin, no fuera á ser aquel hombre un aviso de la Providencia, ó un nuevo instrumento que le ofreciese la fortuna.

—Y bien?.....—dijo.

—Ah! señor..... sé bien que juego una traicion á esa mujer á quien amais..... pero yo os digo que ha llegado el momento de poner término á esa fatal tristeza que os aniquila.

—Sí?..... exclamó D. Gaspar de Mendoza,—á ver..... á ver en qué os fundais..... cómo sabeis semejante cosa.....

—Tengo sesenta y tres años, señor; á esa edad, basta la luz fugaz de un relámpago, para ver lo que la juventud no acierta á distinguir con los rayos del sol, aunque fueran perennes.

—Eh! fuera retórica..... aunque fuerais mas viejo que las pirámides de Egipto, podríais haberos equivocado. Vamos, decidme llanamente lo que habeis visto, y yo sabré qué interpretacion debo darle.

—Qué mas, señor? He sorprendido el llanto.....

—Las mujeres lloran por bagatelas. Adelante.

—Mi hija, señor, que posee la amistad de esa jóven, que duerme á su lado, ha oido pronunciar en sueños vuestro nombre.

—Y eso es todo?.....

—Aun hay mas.....

—Decidlo.

—Juana oyó pronunciar vuestro nombre con esa agitación, con esa ternura, con ese no sé qué, señor, que, aun

en sueños, descubre lo que hay en el alma. Así, yo creo que, aunque velado por la honestidad y contenido por la doble vigilancia del deber y del miedo, existe en Isabel un amor infinito, que solo se alimenta con lágrimas.

—Voto va! Mirad que me resisto á creer semejante fortuna. Yo no daría fe sino á lo que Juana hubiere sorprendido.

—Pues ¿qué os ha dicho? señor..... Há mas de veinte dias que Juana me asegura.....

—¡Mentís! gritó Mendoza arrojando un golpe con su aliento sobre la frente descubierta de Zapata.

Este dió un salto y se quedó atónito.

—Señor!..... exclamó.

—¡Fuera de aquí, villano! dijo Mendoza, dándole un grosero empujón. ¿Quién te ha dicho que estoy triste, ni que mi tristeza venga de ese amor que tú has inventado? ¿Quién eres tú, que así te atreves á juzgar mis acciones, y á interpretar de un modo tan infame las de una dama?

—Señor!.....

Don Gaspar echó atrás el embozo y levantó el puño sobre la cabeza de Zapata.

—Sabes, continuó, que si no callas, puedo mandar que te se arranque esa lengua vil con que te atreves á lanzar la calumnia. Vamos! fuera de aquí! si es que tienes en algo los pocos años que te restan de vida.

Aquello fué un golpe inesperado, que conmovió hasta las entrañas de Zapata. El sombrero cayó de sus manos. Un sudor copioso brotó de su frente; y trémulo, mas que de temor, de coraje, retrocedía delante de D. Gaspar, sin atreverse á dejar comenzada la obra, ni á proseguirla.

Comenzó á descender lentamente por la escalera, y se detuvo en los primeros peldaños. ¿Qué haria? Despues de meditar largo rato, y ya cuando Mendoza daba los primeros pasos para alejarse, volvió á subir.

—Perdonad, señor, dijo con voz suplicante.

—¿Aun no te has marchado? exclamó D. Gaspar, deteniéndose para lanzar una mirada, mas bien sentida que vista por Zapata.

—Señor, dijo este, no sereis un amante, pero sois un amigo y un caballero. Yo invoco, á nombre de esa jóven, una gracia que no le negaríais ni á vuestros enemigos, señor; vuestro amparo. Yo sé que Isabel debe ser hoy mismo víctima de un atentado infame..... Señor; sé que esta noche va á ser arrebatada de su hogar: si vos, que sois bravo y generoso, no os acordais de que ella es débil y está sola, y es inocente!.....

—Hola!..... hola!.....

—¿Tendreis compasion?

—Oh! y mucha, vais á verlo, replicó Don Gaspar:—despues se volvió hácia el punto donde se habian retirado los embozados, y gritó con voz firme:

—Fanega!.....

Este se desprendió del grupo de sus compañeros, y llegó en dos trancos junto á Mendoza.

—Señor?—murmuró;—¿mandais algo?

—Aprehended á ese hombre, dijo designando á Zapata. Fanega echó al aire su espada.

Zapata quiso escapar y se lanzó por la escalera como un rayo; mas tropezando en aquellas piedras desordenadas, y cubiertas de yerba, rodó envuelto en la capa, hasta ir á dar con la cabeza en las paredes del pasillo. Antes de poder

levantarse, tenia ya sobre los ojos la punta de una espada, y escuchaba á Fanega, que le decia:

—Rendíos, ó sois muerto.

Media hora despues Zapata se mesaba las barbas, arrojado en un aposento tan oscuro, tan frio y tan húmedo como el calabozo de la fortaleza.